

EL DEFENSOR DEL OBRERO

¡Al Patrón de España!

DEFENSOR ALMÆ HISPANIÆ...

En estos luctuosos y tristísimos días de angustia y desventura; hoy más que nunca glorioso Apóstol, socorred a esta infortunada nación, segunda patria y primera herencia vuestra. ¡Oh Santiago Apóstol gloriosísimo, a quien ha confiado el Señor el encargo de protegerla, como confió un día el de evangelizarla! Hijo del trueno os llamó el Salvador, ponderando la impetuosidad y arranque generoso de vuestro celo en defensa de su gloria y de su Nombre, mostráos en estos aciagos días, trunfo de Dios y rayo de su indignación para confundir a tantos españoles indignos de este nombre, infieles a su raza y a su fe, que de ambos mancillan el honor, rindiéndose cobardemente a sus más viles enemigos, y comprometiéndolo esta católica nación, alterando la paz y la concordia por un sórdido y mezquino interés.

El primero de los doce, dísteis por Cristo sangre y vida en testimonio de vuestra predicación, Protomártir del Apostolado, Primogénito del mismo para el Cielo. Que sea siempre la nación hija vuestra, la vanguardia en el combate cristiano del presente siglo, como lo fué de todos, y la privilegiada en el odio de las sectas de Satanás. El campo de la fe en España os debe sus primeras semillas; las diócesis españolas sus siete primeros Obispos; Zaragoza su incontrastable Pilar; la Reconquista sus más insignes victorias. Haced que os deban los buenos españoles de hoy el triunfo que os suplican para su fe tan ferozmente combatida; el retorno del Estado a su antigua cristiana legislación; la concordia de todos los corazones en la doctrina del Vicario de Jesucristo; la confusión de las sectas masónicas; la restauración completa y sin quiebras de nuestra hoy perdida católica Unidad.

¡Oh Dios, que tan misericordiosamente habéis confiado la nación española al Patronazgo de vuestro Apóstol Santiago, y que por él tantas veces habéis librado a este pueblo de la miseria y de la ruina; concedednos que por su valimiento logremos un día la eterna paz.

URBANO MARTÍNEZ

Estudios Sociales

LA CÓLERA Y LA IRA

Vi el otro día, cómo un joven acometía e insultaba a otro y noté en el resultado una repentina turbación que le indujo a volverse contra quien le amenazaba.

Nació en el pecho del ofendido, un fuerte odio contra su ofensor.

—Flaquezas humanas—decía yo para mis adentros,

Aquellos dos jóvenes que, como lue-

go supe, por una bagatela se inquietaban y se enfurecían, creían tal vez ¡infelices! con esa detestable semilla de la cólera y la ira, y no es difícil prever las fatales consecuencias que les originarían tan terribles vicios.

Porque el hombre es, por naturaleza afable y pacífico; pero cuando se deja llevar de la cólera, no hay tierra que le pueda igualar. Contráense sus facciones, sus ojos le centellean y su rostro feroz, aparece encendido como unas ascuas o pálido como un cadáver. Llega al extremo de exponer su propia vida.

El hombre sabio desprecia las injurias y sufre los contratiempos; y los ineducados se encolerizan por cualquier motivo.

La ira los embrutece.

¿Quién será, pues, el que no se aparte de la compañía de los coléricos e iracundos?

SILVANO

¡Santiago! Cierra España...

Este grito que el valiente ibero a cuatro vientos con ardor lanzaba cuando hace siglos por la fe luchaba contra la hueste del musulmán guerrero.

La voz es esta del atroz combate en que algún tiempo se miró empeñada la España victoriosa, mi nación amada que nunca muere, ni jamás se abate.

Y ni sus ecos extinguir pudieron de la ruda pelea los fragores, antes bien, aumentando con amores del mundo en el confín repercutieron.

Lanzando de valor notas extrañas llegaron a escucharse hasta en los montes y cruzando los vastos horizontes se oyeron del Islam en las entrañas.

¡Santiago, Cierra España! oye el soldado y su fe se agiganta y se endurece, de ira santa su rostro se enrojece y escapa el sarraceno acobardado.

¡Santiago, cierra España! escucha el moro y cae su pabellón hecho girónes de España ante las bélicas legiones de fe modelo, de virtud tesoro.

¡Santiago, cierra España! y el del trueno es caballo brioso cabalgando Cruz y espada en sus manos ostentando, pone en fuga el ejército agareno.

¡Oh, grito sacrosanto! ¡Voz cristiana! que del cielo invocando los favores demostrabas la fe de mis mayores y aterraste a la gente musulmana...

Ojalá que hoy también en la pelea que la Iglesia y mi patria están librando con el ateo y liberal nefando de triunfo prenda fiel tu eco sea...

A. ALFANSEQUE Y BLANCO

PREDICAR Y DAR TRIGO

Entre los oyentes que don Homobono Cristián tenía en su cátedra del Centro Obrero, había un joven, empleado del ferrocarril, algo ligero de casaca y no muy sobrado de instrucción, el cual no alcanzaba a comprender cómo podía un hombre echar sobre sí la pesada carga de un trabajo diario de dos horas, sin más recompensa que

la satisfacción que produce la práctica del bien y la gratísima sanción que la conciencia otorga al ejercicio de la caridad.

—Desengáñense Uds.—decía a sus compañeros de clase;—aquí hay gato encerrado. Don Homobono tiene como yo cinco mil reales de sueldo... y nos viene aquí a predicar las excelencias de la pobreza y las ventajas de la resignación con todas las demás zarandajas que nos dice todos los días. No somos tontos: lo que pasa es que los ricos le han comprado para que nos embauque con su piquito de oro, con el fin de tenernos sujetos y poder explotarnos más juiciosamente para disfrutar el festín de la vida, mientras a nosotros nos arrojan las sobras de sus banquetes.

Esta parrafada la había aprendido el joven, que se llamaba Cerrajas, en un periódico revolucionario que un compañero de oficina le daba semanalmente a modo de antídoto contra la enseñanza que el Centro Católico repartía gratuitamente a todos. Y así, promiscuando como un fariseo, el amigo Cerrajas las echaba de *espíritu fuerte* en la oficina, donde hablaba mal de la Religión y de los curas, sin perjuicio de ir todas las noches a instruirse al Centro Obrero y a divertirse y a beneficiarse con las muchas instituciones cooperativas que en el Centro prósperamente funcionaban.

Como todos los espiritistas mezquinos no comprendía Cerrajas una acción sin su inmediata y material recompensa; y creía que el mundo estaba reducido a un vasto comercio en que todo se compraba y se vendía, la ciencia lo mismo que la moral, y el arte lo mismo que la justicia.

—No crean Uds. que la riqueza es un bien—decía don Homobono Cristián a sus discípulos;—un mediano pasar vale más que los grandes tesoros del mundo, porque evita muchos males y da al alma paz y sosiego.

Pues al oír estas hermosas palabras, ya pensaba Cerrajas que don Homobono era un farsante a quien el marqués de Tal o el Obispo de Cual daban tanto o cuanto por contener los ímpetus de la fiera revolucionaria próxima a hincar sus uñas en las arcas de la burguesía.

Cuando el joven veía a aquel viejecito con su modesto gabán negro, su sombrero llobo algo verdoso, la corbata muy relavada, los pantalones con arrugas y las botas con medias sueltas, denunciando todo una pulcra pobreza, llevada con honor y alegría, pensaba que el buen señor era un hipócrita que iba al Centro Obrero a hacer el papel de dómine humilde para luego reírse de los proletarios en su casa lujosísima, donde vivía como un sultán, abominando de aquellas filosofías y de aquel cristianismo cuya excelencia nunca se le caía de la boca.

Ya se ha dicho que Cerrajas era un joven ligero de casaca, con el juicio pervertido por las malas lecturas y el pensamiento torcido por el frecuente trato con gente de mala conciencia. No era él malo de corazón, no; y por conservar pura la intención, fué más fácil que viera pronto el resplandor de la verdad con que la amorosa providencia de Dios le abrió los ojos. Lo cual fué así:

Por compromisos de oficina y cediendo a incitaciones de sus amigos, hubo Cerrajas de inscribirse en una *juerga* que varios empleados del ferrocarril proyectaban, y que, según los preparativos que se hacían, iba a ser *monstruo*, peregrina y maravillosa. Pero lo más triste del caso era que el bueno de Cerrajas no tenía un céntimo, y el escote individual con que cada quisque había de contribuir a los gastos de la franquicia no bajaría de treinta reales, cantidad que para Cerrajas era un verdadero tesoro.

—¿De dónde saco yo treinta reales?—se preguntaba el joven, recorriendo con la imaginación los domicilios de los amigos a quienes en diversas ocasiones había *sabloteado*.—¿Dónde diablos busco yo treinta reales?—repetía el infeliz sin poder hallar la incógnita del problema.

Luego fué al Centro Obrero, y por más que pidió a unos y a otros, no pudo hallar ni una peseta. ¡Buenos están los obreros en estos tiempos de individualismo liberal para oficiar de prestamistas!... De pronto se le ocurrió una idea luminosa. ¿No estaba allí don Homobono? Pues a él podía pedirle, no digo los treinta reales para la *juerga* oficinesca, si no cinco duros o más, si a mano viene.

—¡Que paguen los ricos!—pensaba el pobre diablo.—¡Que paguen los ricos! ¡Muera el capital! ¡Muera los burgueses!

Y con estas ideas en la cabeza entró en la cátedra de don Homobono Cristián, el cual hablaba aquel día de la distribución de la riqueza, glosando una frase de Tácito, que dice que no es más rico el que más riqueza atesora, sino el que sabe hacer mejor uso de ellas.

—Por ejemplo:—decía don Homobono—si un hombre tiene una peseta y la reparte con otro hombre tan pobre como él, es más rico que el rico que guarda sus millones en lo más oculto de su arca. Además de ser más rico, es más feliz, porque, como dice Cervantes, al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, si no el gastarlas; y el no gastarlas como quiera, si no el saberlas gastar bien.

—Ya te cojí—pensaba Cerrajas:—por la boca muere el pez.

Y en efecto; apenas concluida la clase, y cuando habiéndose marchado todos los alumnos quedaba solo en ella